



Un demonio llamado San Camilo

Camilo José Cela (1916-2002) era un escritor que deslumbraba con su lenguaje. Irrumpió en las letras españolas como un ventarrón con su novela La Familia de Pascual Duarte.

En abril de 1974, en ciudad de México, me telefonó mi padre una mañana, para preguntarme si me gustaría conocer a Camilo José Cela. Por su puesto, le dije que sí; había leído el dinamitazo que es La Familia de Pascual Duarte, y sentía admiración por esa pluma desbordada y violenta como la de un demonio, que quiere años después habría de llevar al escritor a las alturas del Premio Nobel.

El almuerzo fue en el hotel Camino Real, donde se hospedaba, y la conversación giró fundamentalmente alrededor de los recuerdos de la época en que ambos fueron compañeros de curso en la Universidad de Madrid, entre 1934 y 1936, antes de que estallara la guerra civil, cuando Cela era un joven "alto, delgado, guapo, rubio, de ojos nórdicos, que le venían de su madre inglesa, y un genio muy agudo", un genio que podía llevarlo a romperle la cara a un tipo por el inocente hecho de cantar "Ay, Marienar, ay Marienar, marienilla de mujer".

Cela recordó que mi padre le había presentado a Gabriela Mistral y a Verónica, que ya habían alcanzado el Nobel, así como también a un pastor chileno que hoy está un tanto olvidado, aunque figura entre los mejores del siglo XX: Ismael Cabrerón. "Chino, no podrías hacerme un retrato", le dijo Cela. El pintor le respondió que no había inconveniente, porque tenía una cara bastante plástica, pero que la tarifa era de veinte mil pesos. No hubo trato, el retrato.

Por esos días universitarios, Cela no sólo estudiaba literatura, sino que ya escribía bastante. Acababa de terminar un libro de poemas, Pisando la Duda de Los del Día (el título es un verso de Calderón de la Barca) y estaba loco por publicar, "pero como suele ocurrirlos a los jóvenes que aún no han trabajado relaciones en el mundo literario, no tenía dónde ni a través de quién hacerlo", dice Luis Enrique Delisio en su libro de memorias Sobre Todo Madrid. Y él mismo le sugirió que le enviara algunos textos a un poeta argentino, Marcos Pignatelli, en la ciudad de La Plata. Fue así como las primeras publicaciones de Cela aparecieron en Argentina y no en España. Lo recuerda también el escritor en su prólogo a la primera edición de Pascual Duarte, en 1942.

Volví a estar con Cela en México algunos años después, durante la realización de una feria del libro en el colonial Palacio de Minería. Como actividades de la feria, el novelista Arturo Amela, presidente entonces de los escritores mexicanos, organizaba foros y paneles con autores de diversas partes de nuestro idioma. Lo escuché hablar y quedé deslumbrado por la impecable calidad de su lenguaje. Participaban también los novelistas españoles Van de Soto y Caballero Bonald, con quien, años después, según me enteré en Madrid por los titulares de una revista, tuvo un serio "lin de faldas" del que no salió muy bien parado.

En los años '50, la literatura española contemporá-



nea se conocía principalmente por sus poetas. García Lorca, Rafael Alberti, Lloís Felipe, Miguel Hernández y Manuel Altolaguirre, eran leídos en toda América (aún recuerdo unos versos de este último que me impresionaron como para nunca olvidarlos: "Era mi dolor tan grande, que la puerta de la casa por donde salí llorando le llegaba a la cintura..."). Pero novelistas? Tal vez Cela fue el único faro de la poderosa hasta que llegaron Miguel Delibes, Luis y Juan Goytisolo, Juan Marsé, entre otros. Si con Pascual Duarte irrumpió en las letras como un ventarrón, con segunda novela, La Colmena, de 1942, se consagró como uno de los narradores más potentes de la lengua y ganó la admiración de marcos y cristianos, a pesar de la estipulación que en una buena parte de la intelectualidad podía generar su activa adhesión al régimen de Franco, durante el cual ocupó un cargo de censor.

En el curso de aquel almuerzo en el Camino Real, Cela le dedicó a mis padres un ejemplar de la obra que acababa de publicar Oficio de Tinieblas ó, escrito entre 1971 y 1972 en su casa de Palma de Mallorca. Pienso que el "ó" puede deberse al hecho de que existen otros libros titulados Oficio de Tinieblas. En este momento, recuerdo al menos uno, de la mexicana Rosario Castellanos. Aparecía un Cela muy distinto del que conocíamos: un libro concisamente experimental, sin diálogos, sin trama, sin coloquialismo. Antes de su comenciamos, el escritor, en una contundente frase, confiesa que "naturalmente, esto no es una novela, sino la purga de mi corazón", y antes todavía de eso, los editores presentan la obra como una "novela de tesis escrita para ser cantada por un coro de enfermos...".

El almuerzo con Cela fue en el hotel Camino Real, donde se hospedaba, y la conversación giró fundamentalmente alrededor de los recuerdos de la época en que él y mi padre fueron compañeros de curso en la Universidad de Madrid, entre 1934 y 1936, antes de que estallara la guerra civil, cuando el autor de La Colmena era un joven "alto, delgado, guapo, rubio, de ojos nórdicos, que le venían de su madre inglesa, y un genio muy agudo".

Un demonio llamado San Camilo [artículo] Poli Délano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Délano, Poli, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un demonio llamado San Camilo [artículo] Poli Délano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile